

GUGLIELMO FOFFANI

# TAROT Y CIENCIA

Un improbable  
paralelismo mitológico

s e r i e c e r o

# Índice

Prólogo	11
I. <b>Observación</b>	21
II. <b>Estudio</b>	29
III. <b>Hipótesis</b>	37
IV. <b>Organización</b>	47
V. <b>Conexión</b>	55
VI. <b>Colaboración</b>	63
VII. <b>Acción</b>	71
VIII. <b>Evaluación</b>	79
IX. <b>Crisis</b>	89
X. <b>Vuelta a empezar</b>	97
Epílogo	107
Referencias	113

*Alla zia Margherita*

*«O frati», dissi, «che per cento milia  
perigli siete giunti a l'occidente,  
a questa tanto picciola vigilia*

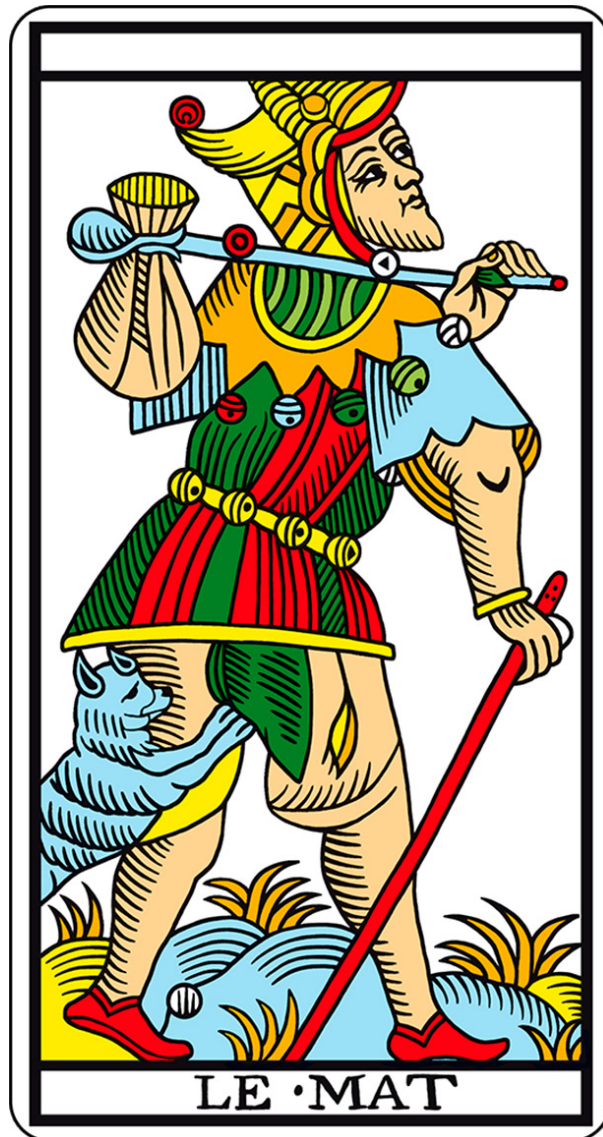
*d'i nostri sensi ch'è del rimanente  
non vogliate negar l'esperienza,  
di retro al sol, del mondo senza gente.*

*Considerate la vostra semenza:  
fatti non foste a viver come bruti,  
ma per seguir virtute e canoscenza».*

*Inferno, Canto XXVI, Divina Commedia*

# Prólogo

## El Loco



*El Loco busca el camino y andar es la única manera de buscar. Lleva consigo todo lo que tiene, que no es casi nada, pero tampoco es poco. El animal, que le empuja a seguir, le agarra al mismo tiempo para que no siga. Pero sus zapatos rojos, guiados por el bastón, saben dónde tienen que ir.*

**P**ermítanme lanzar la suposición, sin pretensiones de verificación, de que la investigación interior del yo y la investigación exterior de la naturaleza representan dos diferentes caminos de un proceso que es esencialmente el mismo. De ello se deduce que los instrumentos de la investigación interior deberían ofrecer una descripción bastante precisa de los procesos de la ciencia.

Un día impartí una conferencia a un grupo de estudiantes universitarios, a los que hice la siguiente pregunta: «¿Sabéis qué es el Tarot?» La mayoría de los estudiantes me miraron con una mezcla de curiosidad y perplejidad. Insistí amablemente y finalmente alguien se atrevió a dar una respuesta: «El Tarot se utiliza para leer el futuro». Por el tono, no pude determinar si el estudiante estaba convencido o no. Y, a pesar de que mi pregunta fuera explícitamente ontológica (es decir, «¿qué es el Tarot?»), la respuesta fue abiertamente pragmática (es decir, «se utiliza para»). ¿Necesitamos depender del uso de las cosas para definir las? ¿Podemos definir qué es un automóvil sin decir para qué se utiliza? Y, si la mayoría de las personas afirman que un automóvil se utiliza para volar, ¿se convierte en un avión? No, el Tarot no sirve para leer el futuro, por lo menos no de manera literal. Tiene más que ver con leer el presente.

El Tarot es un sistema simbólico compuesto por un conjunto de 78 cartas, divididas en arcanos menores y mayores. Los 56 arcanos menores son una especie de versión extendida de la baraja tradicional española o italiana, organizados en cuatro palos (espadas, copas, bastos y oros), cada uno con diez car-

tas numeradas y cuatro figuras (sota, caballo, reina y rey). Los 22 arcanos mayores son cartas que simbolizan aspectos fundamentales de la vida humana y arquetipos universales. Como el I Ching en la tradición china, el Tarot en su conjunto ofrece una fascinante descripción simbólica de la naturaleza humana, representando un proceso de evolución dinámica. Si asumimos que a nivel personal este mismo proceso de evolución puede estar ocurriendo en los distintos ámbitos de nuestra vida, el funcionamiento del Tarot en una tirada tradicional no requiere necesariamente una explicación esotérica: cada carta, y cada combinación de cartas, siempre entra en resonancia simbólica con algunos aspectos muy concretos de nuestra propia historia, conectándolos con un proceso de evolución más universal y, por lo tanto, sirve como guía e inspiración para la transformación personal. La aleatoriedad de barajar y elegir algunas cartas crea una conexión directa con nuestra mente irracional creativa, que trabaja por asociación usando el mismo lenguaje de los símbolos, y deja de lado la mente racional analítica, que no es más que un impedimento en este contexto. El Tarot se convierte así en un espejo holográfico del subconsciente.

El origen exacto del Tarot es incierto, si bien las principales barajas que hoy conocemos surgen en Europa durante el siglo XV, probablemente en el norte de Italia. El Tarot más antiguo que ha sobrevivido hasta nosotros es la baraja Visconti-Sforza. Filippo Maria Visconti y Francesco Sforza fueron suegro y yerno en la dinastía de duques que, en esa época, gobernaba la ciudad donde me he criado y en la que he vivido



hasta acabar la universidad: Milán. Posiblemente, con la conquista francesa de Milán, unos años después de la llegada de Cristóbal Colón a América, el Tarot se extendió hasta el sur de Francia, donde se desarrolló la tradición de una de las barajas hoy más difundidas: el Tarot de Marsella. Medio milenio después, al final del siglo pasado, los azares de la vida unieron a Philippe Camoin, descendiente directo de la familia marsellesa que imprimía el Tarot tradicional de Nicolas Conver desde 1760, y Alejandro Jodorowsky, escritor, actor, director de culto de cine y teatro, y experto en Tarot. Juntos, Camoin y Jodorowsky produjeron una versión restaurada del Tarot de Marsella. La baraja Camoin-Jodorowsky es el Tarot con el que me topé yo, entrada la treintena, a través del libro que Jodorowsky escribió con su entonces mujer, Marianne Costa: *La vía del Tarot*. Así empecé a utilizar el Tarot como instrumento de introspección y expresión creativa, haciendo tiradas conmigo mismo y apoyándome en el libro de Jodorowsky-Costa como muleta para interpretar las cartas. Y así seguí recurriendo a la muleta por bastante tiempo, hasta un día que mi relación con el Tarot se estrechó de manera significativa.

Las ideas, las intuiciones, incluso la comprensión en su sentido más poético, tienen poco que ver con los actos volitivos que supuestamente controlamos. Son más bien ocurrencias espontáneas de las que somos espectadores. Claro está que, si uno va más al teatro, metafóricamente hablando, es más probable que sea espectador de algo. Mi manera de ir al teatro, allá por 2013, fue entregarme durante casi dos semanas a un retiro chamánico. El retiro se abría y cerraba

con ceremonias de tradición amazónica, un contexto en el que la mente racional analítica, como en una tirada del Tarot, no es más que un impedimento. En el corazón del retiro, entre ceremonias, pasé una semana aislado en una tienda de campaña a la sombra de unos sauces que se convirtieron en mi casa durante esa semana. Comí poco o nada, haciendo una dieta a base de una planta medicinal amazónica sin efectos psicotrópicos, preparada y diluida en botellas de agua. A ese retiro me llevé el Tarot como herramienta de meditación. Los primeros días de «dieta» estaba cansadísimo. Dormí y soñé mucho. De hecho, la actividad onírica era la base de la comunicación con el chamán que de vez en cuando venía a la tienda a visitarme, lo que constituía la única y excepcional interacción social en el silencio solitario e introspectivo de la experiencia. A continuación, pasé a la fase de espectador de mí mismo: ideas, proyectos y percepciones brotaban con generosidad casi voluptuosa. Me senté en la butaca metafórica, con las cartas en las manos. Y en ese estado de creatividad casi eufórica, un atardecer tuve un momento epifánico en el que me di cuenta de que las cartas del Tarot se corresponden, de manera muy natural, con los diferentes pasos del método científico: observación, estudio, hipótesis, organización, conexión, colaboración, acción, evaluación, crisis, y vuelta a empezar. Estos pasos son relativamente arbitrarios y se puede discutir si existe realmente el método científico como tal, pero, incorporando el Tarot de esta manera, pude dejar de recurrir a mi muleta jodorowskiana y, por primera vez y para siempre, fui capaz de ‘leer’ las cartas.